

El Desertor ©

Oswaldo Fernandez



Capítulo 1

El Desertor ©

(Mar-It-za)

El curtido y maltratado cuerpo de Andrés yacía inerte entre unos matojos. Con el paso de las horas se empezaban a notar las huellas del tiempo. La llovizna ininterrumpida había cosquilleado su piel, y había formado ríos diminutos que corretearon por encima y por debajo de su cuerpo sin despertarlo. La humedad del rocío mañanero y las precipitaciones frecuentes en la noche, habían convertido a su cuerpo en la presa húmeda y perfecta para los hongos que amenazaban con poblar las hendiduras de su cuerpo. Algunos insectos recorrían su superficie explorándola, tratando de decidir si presentaba la oportunidad de convertirse en vivienda permanente o meramente en algo comestible. Permanecía agarrotado. La brisa arrastró numerosas hojas y pequeños restos de frutos silvestres que ahora cubrían el cuerpo de Andrés, el cual empezaba a lucir como un tronco caído, listo para la descomposición y para retornar su esencia a la naturaleza, ya fuera en forma de barro, pasto o parte de alguna que otra fruta silvestre.

Junto a él yacían acompañando el silencio de su cuerpo, su fusil de asalto, la mochila, su guerrera cargada de municiones y algunas provisiones desperdigadas por el suelo. Habían pasado muchos días y noches desde el día en que se decidió a desertar. Se había cansado de disparar a mansalva, de ver cuerpos destrozados, de obedecer órdenes absurdas o meramente imbéciles. Se había cansado de enterrar camaradas y de escuchar gemidos de dolor. Terminó preguntándose por qué y para qué peleaba en aquel conflicto bélico que parecía no llegar jamás a su fin. La guerra le empezó a parecer menos suya con cada día que pasaba, y a la vez se convertía más y más en la guerra de otros. Fue por esa razón que cuando se le presentó la oportunidad de hacerse el muerto, quedándose inmóvil entre una montaña de cadáveres durante el último asalto, así lo hizo. Tan pronto su unidad prosiguió hacia el frente de guerra, dejándolo atrás por muerto, Andrés tomó su fusil, las provisiones que había ahorrado y se marchó, protegido por la oscuridad de la noche, alejándose del combate, dirigiéndose hacia la espesa selva de matojos y manglares, en donde supuso que sería difícil de encontrarle, y donde con mayor probabilidad abandonarían rápidamente su persecución. Caminó sin parar durante el día y la noche, avanzando más en la protección de la noche y escondiéndose de sus ex camaradas durante el día. Decidió que, si perdía su vida, sería en el intento de vivir como un hombre libre, y no pendejamente batiéndose a balazos con gente que no le habían hecho nada a él, y contra quienes no guardaba animosidad alguna. Cifró todas sus esperanzas en que no lo encontrarían jamás en aquella eternidad

pantanosas en la cual se adentraba.

Todo aquello había quedado atrás. El cuerpo de Andrés pareció intentar moverse, pero se rindió ante la inercia y el entumecimiento que le paralizaba. Intuyó que se encontraba acostado sobre su espalda. A pesar de la parálisis que le impedía moverse, sintió súbitamente como si fuera un latido en la parte superior de su espalda. A éste le siguió de inmediato un fuerte dolor, como si fuese un latigazo, el cual le recorrió súbitamente el espinaza a todo lo largo.

“O estoy paralizado, o estoy muerto”, pensó.

Le costaba un gran esfuerzo abrir los ojos. Sentía como sus párpados pesaban más que su propio cuerpo. Con acopio de un gran esfuerzo logró abrir lentamente una ligera rendija, primero en un ojo, y luego en el otro. Quedó maravillado al ver cientos de estrellas que parpadeaban ante el fondo espeso y negro de un cielo nocturno que le pareció mágico. Permaneció inmóvil observando los astros. Seguidamente decidió intentar sacar la lengua. Paseó la lengua seca por sus labios e inmediatamente percibió el desagradable sabor a tierra.

“Estoy muerto”, sentenció

Fueron sus últimas palabras antes de hundirse en la oscuridad.

II

(Mar-It-za)

Andrés no sabía que tan solo había recuperado el conocimiento por unos segundos antes de caer inconsciente de nuevo. Le había ocurrido en innumerables ocasiones durante las últimas horas. Cuando pudo abrir sus ojos nuevamente, su asombro fue aún mayor que la última vez, cuando había vuelto en sí bajo un cielo colmado de estrellas. Se encontraba acostado sobre la arena. Podía escuchar el ruido de olas de mar, que se batían cerca del lugar donde se encontraba. En esta ocasión, bajo la luz de la luna pudo distinguir una silueta de mujer, que se le acercó lentamente. Cuando se acostumbraron sus ojos a la penumbra y a la luz de la luna llena, pudo definir los rasgos con mayor precisión. Sus facciones eran más bien marcadas. Le adornaba una cabellera de pelo negro y de una fibra gruesa que se agrupaba en pequeños grupos de mechones, y entre los que relucían algunas hebras huérfanas de blancas canas. Su boca era pequeña. Hacia ambos lados, originándose en la parte lateral de ambas fosas nasales descendían dos fisuras pronunciadas que

daban fin hacia las comisuras de sus labios. Una gota de agua o sudor se había posicionado al centro de su labio superior, amenazando con precipitarse al vacío en cada momento. Sus ojos oscuros se anidaban en un rostro más bien alargado, y eran adornados por cejas oscuras que hacían contraste con la profundidad oceánica de su mirada. La fina nariz perfilaba su rostro. Su piel se veía curtida por el sol, pero le parecía que transpiraba humedad. Probablemente debido a su estado delirante, o a los rasgos de la mujer, había llegado a la absurda conclusión de que la mujer debía ser del mediterráneo. Desorientado, ignoraba que el sonido de las olas que escuchaba provenía del mar Caribe.

Toma— le dijo la mujer con voz callada, mientras le acercaba un pozuelo con un líquido

Toma— dijo nuevamente, insistiéndole en que debía empujar el recipiente — te hará bien.

Obedeció sin mucha resistencia. El sabor era amargo, y sintió un rechazo espontáneo, pero finalmente accedió a aceptar el brebaje. Perdió el conocimiento casi de inmediato.

Cuando recuperó el sentido nuevamente se sintió más fortalecido. No tenía noción del tiempo. Vio la silueta de la misteriosa mujer del pozuelo bajo la luz de la luna. Se encontraba sentada en la playa a cierta distancia de él. Sintió el calor de una pequeña fogata cercana, sobre la que se calentaba un caldero pequeño. El cuerpo le dolía aún por todos lados, pero en especial su pierna derecha le producía gran dolor. Observó que tenía una venda colocada sobre el muslo y su espalda, las cuales sostenían una especie de emplaste de hojas o algas. Asumió que tenían alguna propiedad curativa, y que se la había colocado su benefactora. Ya no se encontraba acostado sobre la arena, sino que había descansado sobre un lecho improvisado de hojas de árboles aromáticos. Se levantó con dificultad y se dirigió hacia ella. Al acercársele pensó que quizás no estaba interpretando correctamente lo que sus ojos veían. Pero al encontrarse a tan solo unos pasos no quedó lugar a duda alguna: la mujer estaba completamente desnuda. El agua del mar se acercaba con el oleaje, acariciando sus pequeños pies, mientras ella, silenciosa, parecía susurrar calladamente una canción, al tiempo que dirigía su mirada fija hacia el distante horizonte marino.

Una vez a su lado decidió agradecerle por sus cuidados obviando hacer algún comentario sobre su desnudez. La veía sentada, con sus piernas encogidas sostenidas por sus brazos, cubriendo los pezones de sus pechos. Andrés pudo apreciar su hermosura bajo la luz de la luna. Ella no le dirigió la palabra o una mirada para hacerle saber que se había percatado de su presencia.

Gracias... — no llegó a decir más. Lo interrumpió con un gesto de la mano, indicándole que callara.

No digas nada— le dijo ella— siéntate junto a mí y disfruta de las estrellas.

Algo contrariado por su desnudez y la extraña reacción, Andrés decidió obedecerle. Tomó asiento a su lado, al tiempo que admiraba su belleza. Pero al poco tiempo el dolor le obligó a acostarse sobre la arena. Por primera vez, en muchos años, sintió que podía mirar hacia al cielo sin temor.

Pensó en quedarse tendido allí, mirando las estrellas hasta que le sorprendiera el sueño. Sin embargo, no lo hizo. Lo último que en verdad captaron sus ojos antes de desmayarse nuevamente, fue el recorrido visual que hizo a lo largo de la espalda de la mujer, cubierta en parte por la cabellera que se descolgaba rebelde. Le pareció que desprendía de su cuerpo un aroma perturbador, una mezcla de mar y fragancias de flores. Espontáneamente, con un gesto femenino, la mujer recogió su melena, moviéndola hacia adelante y colocándola a un lado de su rostro. Pudo ver entonces su torso completo y desnudo. Los pequeños diamantes de sal y arena, alojados entre sus poros, reflejaban el esplendor de la luna llena y parecían burlar la astronomía para dibujar sobre su espalda diminutas centellas resplandecientes, como una extensión del lienzo celestial. Sintió una sensación de curiosidad, y extrañamente de felicidad, cuando ella, al mover ligeramente la espalda, provocó inadvertidamente que una gota se desprendiera de un gajo del pelo húmedo, para precipitarse a lo largo del surco que recorría el centro de su espalda. Persiguió el paso zigzagueante de aquella gota, de la que pensó que a su paso tomaba sorbos del aroma de la mujer. Una idea aventurera se asomó entre sus pensamientos al imaginar como detenía su trayecto con la caricia de un beso breve, suave, tierno, agradecido. Tocaría su piel sutilmente, como una mariposa apresurada buscando deleitarse con el ansiado néctar, para saciar su sed con su sabor en la lengua. Cerró los ojos brevemente y su imaginación continuó explorando el trayecto, en un recorrido en tránsito despacio y sensual hacia su norte, hasta llegar al cuello y la pequeña oreja que se escondía tímida entre su pelo, o hasta sorprender sus pequeños labios. Pero abrió los ojos para volver a la realidad y fijar su mirada sobre la gota. Siguió ensimismado observando su alegre recorrido, hasta verla desaparecer entre las sombras y las dunas de su cuerpo.

Observó su cintura, que juzgó ser no muy estrecha, y el inicio de la pequeña hendidura que separaba sus glúteos, los que le parecieron más perfectos que la misma luna que se descolgaba en el cielo. Él estaba vivo, se confirmó a sí mismo, y aunque fuese por algunas horas, era libre, y por unos minutos, feliz. Así se desvaneció, con una sonrisa en los labios.

III

Andrés despertó la mañana siguiente, cuando los rayos de sol empezaron a calentar. Se encontraba acostado, protegido del sol y la lluvia, debajo de un improvisado techo construido de pencas de coco hilvanadas entre sí, y sostenidas por unos rudimentarios trozos de madera. A su lado se encontraban los restos humeantes de una pequeña fogata, alrededor de la cual se encontraban dispersos varios pozuelos vacíos y conchas de mar. Se sentía mucho mejor. El dolor había cedido a niveles soportables. Su fusil, la guerrera y la mochila también se encontraban allí. Recordó a la mujer y la buscó con la mirada. Al no verla, se levantó para continuar su búsqueda por los alrededores. Llamó a voces y trató de rastrear su pista, pero todo fue en vano. No pudo dar con ella.

Esperó paciente por su regreso, pero después de varias horas de espera se convenció de que lo había abandonado y que no regresaría.

Durante su rastreo por el lugar había dado con un pequeño sendero que se encontraba cerca de la playa. Sabía que no podía permanecer allí indefinidamente. Decidió explorar la ruta de la senda, llevando consigo la guerrera, su arma y la mochila. Cubrió cuidadosamente los vendajes para que no se notaran. Avanzó con cautela con la esperanza de encontrar algún poblado y situar mejor su posición geográfica.

Estimaba que había caminado unos cuarenta minutos, cuando notó que el camino se había hecho más ancho y claro. Pudo divisar algunas viviendas hacia lo que parecía ser el final de la vía. Debatió consigo mismo cual sería la mejor manera de proceder antes de ingresar al pueblo para no despertar las sospechas de que era un desertor.

Se decidió por esconder el fusil, las municiones y la mochila a un lado. Se aventuraría a entrar al pueblo, con la esperanza de poder así determinar con mayor exactitud dónde se encontraba.

Pudo observar que el pueblo se situaba sobre una elevación, que luego se precipitaba rápidamente hasta terminar en la costa. Mientras se aproximaba y acortaba la distancia al pueblo, más crecía su asombro. Lo que al principio le parecía inverosímil estaba allí, frente a sus ojos, desafiando la realidad. A pocos pasos de la entrada del pueblo podía ver que en el mismo medio del pueblo, obstruyendo el paso en la empolvada vía principal, como un gigantesco pez muerto fuera de su pecera, se encontraba un inmenso y destartado barco inclinado, reposando sobre

su costado de acero. Con asombro veía como los habitantes del pueblo circulaban indiferentemente por los lados del barco y se comportaban como si el barco no existiese, como si lo hubieran obliterado del paisaje, erradicando todo vestigio de su presencia de sus mentes. No encontraba explicación lógica alguna de cómo ni por qué se encontraba allí aquel coloso marino. "Debe haber estado aquí por muchos años", pensó, después de observar en detalle la extensión de su deterioro. Andrés no sabía el lugar exacto de su localización, pero por el aspecto desolado dudó de que alguien en el mundo, fuera de los habitantes del lugar, supiera de su existencia.

Al aproximarse al centro del caserío. Andrés sintió la urgencia de tocar el barco para asegurarse de que no estaba alucinando. Era muy real. Al tocar la superficie fría de metal casi le lastimó la mano. ¿Cómo puede estar tan frío con el calor que hace?, se preguntó. Un anciano sentado al frente de una de las tantas casas destartadas que conformaban el pueblo, quien le había estado observando, sonrió maliciosamente. Andrés notó su reacción y pensó en indagar sobre el misterioso barco, pero tan pronto Andrés giró para dirigirse hacia el anciano, éste inmediatamente se levantó del asiento y se introdujo a la casa cerrando la puerta tras de sí.

Mientras caminaba adentrándose en el pueblo sentía que la gente del poblado le miraba con una mezcla de curiosidad y miedo. Estaba hambriento y sediento, por lo que decidió buscar un lugar dónde pudiera comer y calmar la sed. Se dirigió hacia una señora que se encontraba barriendo el portal de su casa.

—Buenos días, señora, ¿podría decirme dónde puedo comer algo caliente en el lugar?

La mujer apenas levantó la mirada, y sin decir palabra levantó el brazo señalando en dirección hacia una edificación de madera. Pudo ver que al frente, en la parte superior de la estructura que le había señalado, se reconocían los restos de un letrero. Con mucha dificultad pudo descifrar que bajo el polvo y el castigo del deterioro se distinguía lo que probablemente era "Abastos Felipe".

Al entrar al lugar notó que era una especie de combinación de lo que probablemente fungió otrora como un almacén, una taberna o una fonda, dependiendo de las exigencias del tiempo o de las necesidades sus dueños anteriores. Tenía dos mesas colocadas en su interior con sillas a su alrededor, pero Andrés dudaba que los harapientos habitantes del lugar que había visto se sentaran jamás a degustar nada de lo que podría ofrecer aquel negocio que parecía estar colmado mayormente de carencias. Andrés introdujo sus manos en los bolsillos. Aliviado confirmó

con el tacto que aún poseía algunos billetes y monedas.

—¡Buenos días!

El hombre detrás del mostrador se volteó para darle el frente. Sin responder, le dirigió una mirada llena de curiosidad, mientras estudiaba cuidadosamente las señas de quien identificó inmediatamente como un forastero.

—Me dijeron que podría comer algo caliente aquí.

—Huevos es lo único que puedo ofrecerle.

—Huevos está bien.

—¿Fritos o revueltos?

—Revueltos, y con algo de cebolla, si no le es ninguna molestia —agregó al ver unas cebollas en uno de los tramos —Además quisiera algo de tomar.

—Limonada—Andrés asintió— Son diez pesos.

Andrés asintió nuevamente con un gesto de la cabeza.

Sin mediar palabra, el hombre giró dándole la espalda. Procedió a buscar los huevos, encender el fuego y cortar la cebolla.

IV

Mientras comía, Andrés consiguió ganarse la confianza del tabernero y establecer una conversación. El hombre, un anciano de edad incalculable, y con cierto sobrepeso, se excusó por su poca amabilidad inicial. Le explicó que en el pueblo no estaban acostumbrados a ver forasteros como él, y por eso la gente era muy renuente a sincerarse en poco tiempo. Le contó que el negocio había sido fundado por su bisabuelo, un asturiano de mucho trabajo y pocas palabras de nombre Felipe, y que él lo había heredado de su padre. Admitió que había aceptado sus monedas en pago por la comida, pero que en realidad había muy poco uso para el dinero por aquel lugar y le había servido más bien como un acto de bondad y por la

curiosidad que le despertaba.

Andrés le siguió la conversación y cuando le pareció oportuno, preguntó sobre el barco.

—¡Ah, sí... el barco... cómo no sorprenderse con algo así! Usted verá. Aquí han pasado cosas muy extrañas. Esta gente de por aquí es supersticiosa, pero cuando le cuente verá que no es para menos. Hace muchos años éste era un pueblo pesquero próspero, en donde la abundancia de pescado era insuperable. Con exageración la gente decía que aquí había más pescado que todo el que se pudiera pescar desde las costas de Cuba hasta las de Chile y Argentina juntas. Una exageración, por supuesto, pero eso le da una idea de los tiempos que se vivían. Ya nadie se acuerda de eso. Yo era muy joven, pero aún lo recuerdo. La bonanza del pueblo había surgido a partir del hallazgo de una figura tallada en madera en las costas del pueblo. La madera tenía inscripciones en una lengua extraña, que algunos suscribían a lenguas indígenas extintas. La figura representaba una mujer, con la particularidad de que de la cintura hacia abajo parecía un pescado. Se le atribuían poderes mágicos capaces de efectuar el milagro de multiplicar los peces en las redes de los pescadores. El pueblo empezó a venerar a aquella figura misteriosa como a una virgen. Según la creencia de aquellos tiempos, ella llenaba las redes de los pescadores.

Parecía haber encontrado confianza y empezó a conversar con mayor desenfado. Con frecuencia iniciaba sus frases con "Usted verá", aunque la expresión estuviera desplazada de lugar.

—Usted verá, como sucede con todas las cosas, la gente se acostumbró tanto a la bonanza que muchos empezaron a dudar de la virgen que tuviera nada que ver con el milagro. Muchos empezaron a verla como un simple trozo de madera tallado. La fortuna de los pescadores se explicaba como originada en las condiciones climáticas únicas de esta parte del océano. Como Usted verá y puede imaginarse, el culto a la virgen fue desapareciendo. El colmo fue que un buen día desapareció. Se la habían robado unos muchachos en medio de una borrachera y le prendieron fuego para calentarse mientras proseguían tomando aguardiente.

Ese fue el comienzo de la desgracia para el pueblo. Por meses todo parecía proseguir de manera normal. Un buen día, de repente, y sin aviso, lo más insólito ocurrió. El mar empezó a retirarse. Nunca nadie había visto nada semejante. La curiosidad llevó a muchos a introducirse lejos dentro del terreno que antes estuviera ocupado por el mar. —Hizo una pausa antes de proseguir—Usted no puede imaginarse lo que pasó. De repente, con un rugido infernal, una ola gigantesca, yo diría que, de varios kilómetros de altura, se elevó y empezó a avanzar sobre el pueblo. A la

gran mayoría de las personas y niños no les dio tiempo para correr hasta un lugar seguro. Fue terrible. Los que sobrevivimos el cataclismo estuvimos enterrando muertos por meses. Fue terrible—repetió estremecido. Usted verá. La prueba de que no miento está ahí. El barco ése lo trajo el mar, y nos lo dejó en medio del pueblo, como una maldición, para que recordáramos de lo que habíamos hecho—parecía conmovido al hablar. Andrés no sabía si era rabia o pena lo que latía en el pecho del hombre, pero estaba seguro de que se encontraba a punto de irrumpir en lágrimas. Logró recuperar la compostura en el último instante, y prosiguió—Pero eso no es lo único. Toda esa agua salubre se posó y no se retiró más. Nos dejó rodeados de pantanos salados, atrapados de tal manera que nadie ha podido salir por tierra de este pueblo por años. Todos los intentos de abrir un camino hacia afuera han fracasado. La maldita maleza y los manglares crecen más rápido que lo que logran avanzar los machetes. El barco, por cierto, si Usted lo toca verá que se mantiene frío, sin importar las temperaturas infernales que a veces experimentamos por aquí. Algunos dicen que es porque es un barco nevera. Usted verá, yo más bien creo que es algo sobrenatural, y parte de la maldición que nos ha caído, porque a estas alturas cualquier batería alimentando esas neveras se hubiera agotado. Ese barco está muerto al igual que este pueblo. Lo que era nuestra riqueza desapareció. No hay pescado. Sin importar la temporada o la profundidad, en las costas frente al pueblo no habita ninguna criatura marina con vida. Ya nadie sale a pescar. La madera de esos matojos ni siquiera da como para una buena fogata, mucho menos para construir barcos. Los que teníamos naufragaron en su gran mayoría y el resto se perdió con el tiempo sin poder repararlos.

Si me permite darle un consejo amigo, si puede, así como llegó, váyase de aquí. Éste es un pueblo que, si no está muerto como el barco, está agonizando.

V

A dónde ir, se preguntaba Andrés mientras recogía su mochila. Decidió abandonar el arma y las municiones en el lugar en que las había escondido. Se alejó del pueblo y el barco misterioso, convencido de que seguiría el consejo de "Usted verá", evitando el regresar. No había dejado atrás los tormentos de la guerra para pasar el resto de sus días en un pueblo sobre el cual pesaba algo así como una maldición. "¿Hacia dónde dirigirme?", se preguntó. Resolvió caminar de vuelta a la playa.

Cuando llegó al lugar de la improvisada choza, notó que todo se encontraba tal y como lo había dejado. Decidió esperar hasta el próximo día. Podía esperar, se dijo a sí mismo, buscando vencer las dudas y los temores que lo apremiaban a seguir huyendo. No había descubierto ninguna señal de que lo hubieran estado siguiendo. "Puedo meditar con calma antes de decidir hacia dónde debo dirigirme". En el fondo sabía que

deseaba tener la oportunidad de ver una vez más a la mujer. Aún recordaba sus ojos y su espalda dibujada sobre la luna. Esperó, llegó la noche, comió algo de las provisiones que había dejado en el lugar, y se durmió.

Cuando despertó, observó la luz de la luna reflejada sobre el mar, que mansamente traía su arrullo con las olas. Vio a la mujer sentada en la playa, en el mismo lugar y en la misma posición que le había visto la última vez. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia ella. No trató de interrumpirla, pues la observó desnuda de nuevo, con la mirada fija hacia el mar, susurrando un cántico que le había escuchado entonar la segunda vez que la observó desde la choza. Andrés se sentó a su lado sin decir nada, mientras la observaba de reojo discretamente. Por momentos llegó a dudar de la cordura de aquella mujer. Pero el misterio que encerraba le atraía más que las explicaciones lógicas. Tenía muchas preguntas que hacerle, sobre el lugar, sobre ella, pero aún sin conocerla, percibía que nada de lo que concernía a la criatura silenciosa sentada a su lado podía descubrirse con prisa. Esperó callada y pacientemente escuchando como ella interpretaba lo que le pareció era un cántico solemne. Vio como al terminar cerró los ojos y elevó los brazos en dirección hacia el mar, como si elevara una súplica, al tiempo que susurraba lo que le pareció ser una plegaria. Una vez terminó aquel ritual, después de una larga pausa, giró la cabeza hacia él, lo miró fijamente y le dijo: "Cuando te encontré, llevabas el aliento de la muerte."

Andrés asintió. Temió que le cuestionaría sobre su pasado, por lo que decidió cambiar el curso de la conversación.

—No tuve la oportunidad de agradecerte. Cuidaste bien de mí. Las heridas han curado. —La mujer permanecía en silencio, por lo que Andrés para interrumpir el silencio, algo inquietante para él, continuó hablando— Pienso que me mordió una serpiente entre los matorros. Me sentía paralizado, y debo haber estado delirando debido a la fiebre. —La mujer seguía en silencio— A juzgar por la herida de la pierna, y las otras, también supongo que perdí mucha sangre...—Prefirió no hablar en detalle sobre la herida en la pierna, pues le parecía ser de un balazo y no deseaba dar explicaciones sobre su desertión de la guerra.

Tras un suspiro la mujer le miró a los ojos con una mirada profunda y dijo: No importa la razón por la que huías. Lo importante es que estás a salvo.

Andrés decidió callar. Los dos se mantuvieron en silencio, y solo el mar hablaba con sus olas. Por una razón inexplicable, al estar junto a esta extraña mujer le llenaba de paz y serenidad, algo que había extrañado por muchos años.

—¿Cómo te llamas? —rompió Andrés el silencio

—Mar-It-za

—Es un bonito nombre. Me llamo Andrés.

A partir de esa noche Andrés y Mar-It-za se vieron todos los días. Sus citas siempre eran nocturnas, ya que el calor del día la agotaba, según ella le había confiado. Andrés dormía durante el día y despertaba únicamente para conversar con Mar-It-za. Se acostumbró a verla desnuda, a vivir por las noches y a escuchar sus historias fantásticas de antepasados místicos que se remontaban a los Mayas. Andrés se limitaba a escucharla, prendido de sus ojos y sus labios, y nunca más cuestionó su cordura. Usualmente comían pescado, que ella traía consigo y preparaba de múltiples formas. Él le confió sobre su fuga del campo de batalla, de su anhelo de libertad, y de lo mucho que había deseado dejar atrás el horror que había vivido. Se sentía feliz durante esas noches. Aprendió a cantar algunos de los cánticos que ella entonaba en ocasiones con entusiasmo y volvió a recuperar la risa y la sonrisa.

Impulsado por esa felicidad, en una de esas noches se atrevió a darle un beso. Ella lució contrariada, pero aceptó sus caricias. Andrés se sumergió en las profundidades de Mar-It-za. Descubrió que desprendía fragancias de mar, que se intensificaban en la medida en que se erizaba en el fragor de la pasión. Esa noche, y muchas más que le siguieron, Andrés se adentraba como llevado por corrientes marinas en el mundo de Mar It Za, y quedaba dormido en sus brazos, arrullado por sus cánticos de mar.

En una de esas noches Andrés había dormido intranquilo, soñando con criaturas marinas gigantescas y amenazantes, con mares rugientes y feroces, con seres marinos conocidos y desconocidos, con estrellas de mar y delfines sonrientes. Se despertó sobresaltado. Notó que el aire parecía enrarecido con un fuerte aroma, mientras el mar se movía alborotado por una fuerte brisa, poco usual en comparación con la suavidad de las brisas nocturnas que habían acariciado sus noches hasta entonces. Parecía como si la naturaleza anunciara un presagio inminente.

Andrés buscó a Maritza. No se encontraba a su lado. La vio en la playa. Lucía contrariada y triste. Bajo la luz de la luna su piel parecía adquirir un brillo que Andrés no había notado anteriormente. Andrés se le acercó y observó que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Es que he sido muy feliz, le contestó. Pero debo marcharme.

Asombrado, Andrés sintió como un enorme vacío empezaba a crecer en su

pecho y se extendía en su interior.

— Pero ¿Por qué quieres marcharte, si dices que eres feliz?

— Porque los dos tenemos que ser libres

Ella se aproximó hacia él y le dio un beso. Andrés experimentó un cosquilleo que recorrió todo su cuerpo, y sin saber cómo ni por qué, sintió como sus fuerzas le abandonaban mientras Mar Itza lo sostenía en sus brazos y lo colocaba cuidadosamente sobre el suelo. Con los ojos abiertos y sin perder el conocimiento se dio cuenta de que estaba paralizado. Mar Itza lo besó nuevamente, esta vez en la frente, y se retiró, adentrándose lentamente hacia el mar, que rugía con olas cada vez más violentas. Andrés la veía impotente adentrarse cada vez más en las profundidades. Cuando el mar parecía que iba a borrar la imagen de Mar Itza de sus ojos, Andrés, lleno de furia, intentó levantarse. En vano. Vio como momentáneamente ella desaparecía en las aguas. Gritó en desesperación, y mientras gritaba logró mover una de sus manos. Lentamente empezó a sentir el pulsar de su sangre en sus brazos y sus piernas, se arrastró primero hasta tocar el agua. Como si el agua de mar hubiese sido un antídoto, toda la energía parecía regresar a su cuerpo. Con un impulso finalmente logró levantarse y sin pensarlo, se lanzó al mar. Nadó hacia ella con todas sus fuerzas, mientras el mar lo levantaba en vilo y lo hundía en la negrura de sus profundidades.

Cuando Andrés y Mar Itza fueron arrojados por una ola gigantesca que les hizo desaparecer, una oleada de peces se precipitó hacia las playas frente a un poblado inhóspito y desconocido situado a las orillas del Caribe, donde un barco descansaba naufragado sobre una calle polvorienta. Nadie podría explicar por qué, a partir de entonces, las costas antes infértiles de aquel pueblo se vieron preñadas de peces por cien años.

Los viejos del pueblo cuentan en sus leyendas, que cuando hay luna llena, y el mar parece estar dormido, se puede ver a dos amantes nadando juntos y felices en las cercanías de las playas, pero descartan la veracidad al final del relato, y explican que se trata de delfines que merodean con frecuencia esas costas. Algunos de los visitantes más incrédulos insisten en que las leyendas que se cuentan para atracción a los turistas no revelan toda la verdad. Sostienen que existe algo más profundo, algo oculto tras las leyendas. Afirman que el pueblo guarda un secreto, algo que tiene que ver con duendes o fantasmas, y que los ancianos tan solo desvían la atención del público con la versión de la leyenda para el consumo turístico.

La verdad es que la gente del pueblo guarda secretos. Los ancianos preservan altares escondidos, donde se conservan y veneran secretamente a dos figuras talladas en madera. Las figuras corresponden

a la del hombre y la mujer que en ocasiones se avistan desde la playa, con sus cuerpos entrelazados entre sí. El mar encierra otro secreto. Entre los arrecifes, yace un enorme barco agujereado y lleno de piedras enormes. Aprovechando una crecida del mar, lo arrastraron con sogas hechas de lianas y lo hicieron rodar sobre troncos de madera hasta extraerlo del centro del pueblo, al que marcaba con su presencia como una fea cicatriz y señal de mal agüero.

A los habitantes originales no les causa asombro alguno que los cuerpos tallados de las figuras que veneran, de la cintura hacia abajo, tienen una forma muy parecida a las colas entrelazadas de dos peces y que, en los días festivos, la gente entone calladamente cánticos místicos que invocan a las aguas del mar y al amor en la lengua de los mayas.

Capítulo 2